



**NARRAR DESDE
LA NUEVA VIDA**
Muestra de cuentos
del taller de
Escritura Creativa
dictado por
Ricardo Sumalavia



NARRAR DESDE
LA NUEVA VIDA.
MUESTRA DE CUENTOS
DEL TALLER DE
ESCRITURA CREATIVA
DICTADO POR
RICARDO SUMALAVIA

**Narrar desde
la nueva vida.
Muestra de cuentos
del taller de
Escritura Creativa
dictado por
Ricardo Sumalavia**



Petroperú SA
Narrar desde la nueva vida.
Muestra de cuentos del taller de Escritura Creativa
dictado por Ricardo Sumalavia
Lima, Petróleos del Perú, 2020, 68 pp., 14,5 x 20,5 cm
Primera edición, diciembre de 2020

© Petróleos del Perú-Petroperú SA
Gerencia Departamento Comunicaciones
Avenida Enrique Canaval Moreyra 150, Lima 27, Perú
Teléfono: (511) 614-5000, anexos 11220 y 11225
www.petroperu.com.pe
cope@petroperu.com.pe

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Corrección de estilo, edición, diseño y diagramación: Grafos & Maquinaciones SAC
Imagen de portada: Pixabay

Este libro es producto del taller Narrar desde la Nueva Vida, dictado por el escritor
Ricardo Sumalavia, vía virtual por la pandemia del covid-19, del 28 de mayo al 18
de junio (primer grupo) y del 6 al 27 agosto de 2020 (segundo grupo).

Lima, Perú, diciembre de 2020

Índice

Palabras iniciales	9
BFF ANDREA JARA	11
Celebración YASSER ZOLA	13
Horizonte de eventos TADEO PALACIOS VALVERDE	15
Es difícil, pero se aprende JORGE QUISPE CORREA ÁNGULO	17
Soltar GABRIELA MORÓN	19
La entrevista YISELA MARROQUÍN	21
Extravío TANIA HUERTA	23
Lujuria CLAUDIA IVONNE LLAUCA CHÁVEZ	27
El camino de vuelta BENJAMÍN HERRERA	29
Brincos LEYLES RUBIO LEÓN	31
Contrasentido RENZO ZEVALLOS	33

La deuda RENZO DEL ÁGUILA MERZTHAL	37
Sin salida ELÍAS FERNANDO CHÁVEZ ÁLVAREZ	39
Tom Hanks desterrado RAFAEL GONZALES	41
Maneki-neko ALDO LIVIA	43
Sueño GERARDO TEMOCHE QUEZADA	49
Office Boy HEROUD RAMOS	51
El secreto de Bea ÁNGEL MÁLAGA	53
Once ROCÍO MEZA	57
La novia ELIANA SOZA MARTÍNEZ	59
Solo son niños SILVIA POSTIGO SEGOVIA	63

Palabras iniciales

El presente 2020 será recordado por todo el mundo. Es el año en el que más de uno se dijo «nadie imaginó que esto podría sucedernos en la vida real». Y sí, nos sucedió. Nos sucede. Solemos decir que la imaginación no tiene límites, que la ficción es inagotable, pero hemos caído en la cuenta de que ahora debemos redefinir esas fronteras de lo imaginable. No está mal que la imaginación tenga parámetros. La creatividad justamente se nutre de esos linderos. Los requiere para, de ser necesario, superarlos. Y ahora que vivimos una nueva vida, justamente es el momento de replantearnos creativamente lo que percibimos por nuestros sentidos, interiorizar una vez más los conceptos que habíamos construido y que creíamos inalterables. Debemos reaprender a imaginar.

Petroperú, por medio de su Gerencia Corporativa Gestión Cultural y Comunicaciones, ha virado, como todos en este tiempo, en sus estrategias de difusión y promoción de la cultura. Para ello, entre sus diversas actividades, me convocó para la realización de talleres de escritura creativa. Esta fue la primera de sus propuestas para ser realizada de manera virtual. La sorpresa luego de su convocatoria fue muy grande. No solo se presentaron los interesados en la capital, sino que se logró convocar a personas de todas las regiones del Perú. Incluso atrajo el interés de bolivianos, argentinos, venezolanos, nicaragüenses,

etcétera. La virtualidad nos revelaba que el interés por comunicarse y aprender cada día fue más grande que la pandemia y que teníamos entre nuestras manos nuevas plataformas de diálogo. Así se llevó a cabo este taller de escritura creativa, llamado Narrar desde la Nueva Vida.

Fueron sesiones intensas, lúdicas, reflexivas, en las que cada participante nos ofrecía su vitalidad e imaginación. Si bien yo tengo una experiencia de quince años en talleres virtuales de creación literaria, en esta oportunidad fue diferente. Aquí la modalidad de enseñanza remota no era una opción; era y sigue siendo la única opción para seguir creando y compartiendo nuestras ficciones. Por esa razón este contexto propició, además, una mayor confraternidad. Todos nosotros, en mayor o menor medida, nos comunicábamos y creábamos desde el encierro. Esto sin duda se muestra en los cuentos aquí reunidos. Esta selección destaca y confirma que los intereses narrativos no solo se concentran en textos que den testimonio de nuestro afectado presente, que los hay, y muy buenos, sino que también la narrativa escrita en español hurga y construye realidades no-miméticas.

Agradezco a cada uno de los incluidos por su generosidad al aceptar compartir sus escritos. De igual manera agradezco nuevamente a las autoridades correspondientes de Petroperú por propiciar estos espacios de creación y confiarme este taller. Por supuesto, invito a los lectores a conocer estos nuevos mundos ficcionales, a conocer esta nueva vida.

Ricardo Sumalavia
Lima, septiembre de 2020

BFF
por Andrea Jara

Déjame explicarte. La pulsera se me debe de haber caído durante el escándalo del *bouquet*. ¿Recuerdas cómo solíamos burlarnos de esas cosas? La gran boda, el vestido de princesa, la masa elástica de las tortas secas. Y claro, lo de tirar el ramo. Al final, igual hiciste todo, para darle gusto a tu familia, supongo. Y yo, como siempre, apoyándote.

Es que solo nos teníamos a nosotras. Bueno, y a Felipe, que apareció un poco después, pero se integró bastante rápido. Siempre bromeaba y decía sentirse como tercera rueda. Sobre todo, cuando me regalaste la pulserita con un dije de arroz grabado, el último año de secundaria. *BFF*. Mejores amigas por siempre.

De ahí vino la universidad, donde todos pensaban que éramos una pareja de a tres. Ahí van en «trieja», decían. Jamás lo afirmamos, tampoco lo negamos. Nos divertían sus suposiciones y recién ahora puedo aceptarlo. A mí la idea no me parecía tan descabellada.

¿Sabes? Nunca te conté esto. Cuando se fueron juntos a seguir una maestría y yo me quedé acá, la pulsera fue mi cable a tierra. Llegó a ser parte fundamental de mi vida e, incluso, a veces, lo único que me motivaba a empezar o terminar el día. La seguridad de que pronto volverías, volverían, seríamos de nuevo los tres frente al mundo.

Y llegó el tan esperado día. Regresaron más felices de lo que nunca los había visto. Cuando fui a recogerlos al aeropuerto, fue lo primero que me dijeron, sin ningún tipo de advertencia. Se iban a casar. Y sí, no me lo esperaba, pero te juro que fui feliz, por y con ustedes. Eso no lo puedes poner en duda.

Los ayudé a organizarlo todo. La gran boda, el vestido de princesa, la masa elástica, la torta seca. El ramo. Me agarré a codazos con todas tus primas y tías solteras, solo para tenerlo como recuerdo de tu día especial. Alguna de ellas debe de haberse dado cuenta de que ya era muy tarde. Yo tenía las flores bien agarradas y, con ellas, sus últimas esperanzas de casarse. Solo atinó a arrancarme la pulsera para ver si así lo soltaba. No lo solté.

Salí triunfante del tumulto. Y en ese momento me di cuenta: ya no tenía la pulsera en mi muñeca derecha. Una delgada línea pálida en mi piel me recordaba que alguna vez había estado ahí. Te busqué desesperadamente. Tenía que contarte lo sucedido. Hasta que al fin te vi a lo lejos. Tú tampoco la traías. Me sentí estúpida. Era obvio, ¿cómo ibas a ponerte una soguilla, con un dije de arroz, en el día más importante de tu vida? En la misma mano, lucías ya el reluciente anillo de recién casada.

Lo que pasó después no puedo explicarlo. Fue como si me hubiera liberado de un pesado grillete que durante estos años no había hecho más que recordarme que tú estabas primero, que eras más importante. Dejé de buscarla. Honestamente, me sentí aliviada. Eximida de todo deber hacia ti, solo por ser mi mejor amiga. Libre de esa culpa por mis sentimientos. Por eso me fui. Ahora, los motivos de Felipe para seguirme no los conozco muy bien. Pero si sé que, si logras superar esto y volver a nosotros, podríamos ser felices.

Celebración *por Yasser Zola*

Pronto llegará la pregunta. Por el momento disfruto de un *gin tonic* y de la música agradable. He llegado solo. No he querido incomodar a ninguna amiga arrastrándola aquí. Siempre es lo mismo. En un lugar campestre, gente disfrazada de vestimenta remilgada, tensos hasta la hora convencional de emborracharse, de bailar sin zapatos, de que los atuendos empiecen a derretirse. Lo único que me atrae es la mesa de un rincón. Pequeños dulces en vasos, cucharas, como paletas, en pirotones, y en el centro la torta. Sobria y con flores naturales. Pero ahora me resigno a pasar un rato en la mesa asignada.

Ya llega la pregunta. Después de unos tragos llegará. La espero mientras repaso a los invitados. Al fondo, los recién casados. Ella es hermosa. Y la sonrisa constante le favorece. La gente la rodea, la felicitan, no dejan de tocarla, como si llevara consigo suerte. Me gustaría darle un beso. Un beso que diga «espero que tu vida cambie».

Alguien de la mesa me hace conversación y dejo de darles la espalda.

La prima del novio me presenta al resto de la mesa. Nos conocemos muy poco, pero ya me imaginaba su personalidad. Ella habla del diplomado que llevé con su primo. Pensé que era una maestría, pero no importa. En la silla que sobra

cuelgo mi saco. Me siento más cómodo. Luego empieza a llegar la comida. En mi plato los elementos parecen dispersos, las porciones desbalanceadas, los colores tristes. Quisiera rehacerlo. Los cebollines como ojos notan el músculo rosado cuando corto la carne, mientras que la beterraga extiende su sangre en todo el plato. Cuando levanto la mirada, todos disfrutan.

Bebo mi último *gin tonic* antes de irme. Se ha hablado de todo en la mesa. De la pareja, de las familias extensas, del costo de la celebración, de lo caro que es casarse. ¿Estás casado? Me detengo a mirar a la prima. No me sorprende. Sé que intenta hacer conversación, involucrarme, ser amigable. No, respondo. Felizmente no. Ella ríe y replica: Yo te puedo presentar a una amiga, si quieres. De repente te animas a casarte, sonrío. Antes podría haber dicho «ahora no quiero casarme, más adelante», pero ya no tengo esa edad. En este momento me pregunto por qué debo responder mentiras. A veces nado en ellas cada vez que voy a una reunión. Cada vez que lanzan el anzuelo de las preguntas amigables, lo engullo y los hilos rojos de la mentira se esparcen. Hoy será diferente. No todos nos podemos casar, respondo. Una burbuja de silencio en medio de la músicaailable. Modifico mi respuesta: No todos podemos casarnos con quien queremos. Los ojos sobre mí. No me piden ninguna explicación.

Tomo el saco, agradezco la compañía y camino hacia la mesa de los dulces. Elijo la tartaleta de fruta más brillante, pero no sabe a nada. Es tiempo de irse. Es tiempo de no asistir nunca a un evento así. Pero antes voy a saludar al novio. Podría darle un beso en el cachete y no se vería mal en estas circunstancias, pero solo quiero estrecharle la mano y felicitarlo por el fin de una doble vida.

Horizonte de eventos
por Tadeo Palacios Valverde

Mamá mira hacia el mar.

Yo me cubro de la brisa, oculta en los pliegues mariposa de su bata. Seguro piensa en papá y en el sitio vacío que hay en la mesa.

Un marinero se acerca corriendo por el malecón en el que revienta la espuma.

—Hacemos lo posible.

Toca el hombro de mamá y se va. Pero ella no lo vio. Continúa atenta al horizonte, como esperando al barquito de papá. Si lo veo yo primero, se lo diré, así que también miro de un lado a otro para que nada se me escape.

Hay mucho sol en la bahía.

Las gaviotas se posan bajo las rocas del muelle. No me gustan sus chillidos y me cubro las orejas, y entonces me parece que las tengo dentro de caracoles, escuchando el rugido ronco de las olas y eso me hace sentir mejor.

Anoche lo intenté durante la tormenta, pero no funcionó. Me asustan mucho los truenos. Esperé y esperé a que papá fuera hasta mi cuarto. Lo llamé muchas veces. Quería que me diera un beso y un abrazo y me dijera que solo era la lluvia, que ya pasaría, que no debía temer, y yo habría hundido mi cabeza en su camisa que huele justo como la brisa que nos

despeina a mamá y a mí: a sal, a espuma, a hombre cansado.

Seguro me hubiera contado un cuento, como ese de las sirenas que vio una vez cuando tenía mi edad y que quisieron llevárselo hasta su castillo con sus canciones. ¿Sabes cómo me salvé? ¿Cómo, papá? Así. Y las manos en sus orejas y los ojos bien cerrados, como los tengo ahora que quiero que las gaviotas se callen, y como los tuve ayer por los rayos que vi desde mi cuarto.

Quiero a mi papá por si llueve como ayer.

Quiero que venga y me cargue sobre sus hombros.

Quiero que vuelva a la casa con su barquito que se llama como yo, y sus redes y sus besos y sus cuentos de sirenas que cantan y se llevan a los niños a vivir lejos, a un castillo perdido bajo las aguas rojas de la tarde.

—¿Falta mucho, mami?

Y la abrazo por la barriga porque así también abrazo a mi hermanito. Aunque brinque desde la panza y me pateo, lo quiero porque se va a llamar como papá y el abuelito que está en el cielo, ¿no es cierto, mami?

Pero nadie me contesta.

Mamá aprieta mis hombros. Tiene las manos frías.

—Mami, ¿falta mucho?

Pero ella alisa mi pelo desordenado.

Y, sin decir nada, mami devuelve sus ojos al mar.

Es difícil, pero se aprende
por Jorge Quispe Correa Ángulo

Se puede saber cómo hace el amor una persona observando su forma de comer. Por ejemplo, decía, la señora gorda que está allá es de las que desvisten rápidamente, pero requiere que también le ayuden a hacerlo. Su apetito incontenible la hará comportarse como un huracán. Es de las que no pierden el tiempo pensando por dónde empezar. La señorita de la esquina, continuó, come delicadamente y sigue un orden: primero las legumbres y luego el filete. Le tiene pánico al arroz, por eso ni lo probará. Seguro es de las que no explotan, de las que van de a pocos, por partes y que probablemente dejen insatisfecho al amante de turno. El señor que está con ella, prosiguió, mezcla la comida hasta hacerla indescrptible y se la lleva a la boca en grandes porciones sin dejar de ver a su acompañante. Apenas pronuncia palabra. Apuesto que se cree un experimentado en el arte amatorio. El hecho de no saber usar los cubiertos denota su torpeza en la cama, ¿no crees?

Conforme ella avanzaba con las disquisiciones de su loca teoría, mi tímida sonrisa se fue transformando en una risotada fortísima que hizo que varios comensales voltearan a mirarnos. En el primer instante de lucidez que tuve al recobrar la compostura pude ver, sin llamar su atención, el contenido

de su plato: las alitas de pollo a medio comer, el montículo de arroz partido simétricamente en dos, cuatro puntitos de mayonesa agrupados en un borde del plato y todos los bastones de zanahorias atrapados entre el tenedor y el cuchillo. Lo segundo que vino a mi mente fue que seguramente ya me había analizado. ¿Qué conclusiones habría sacado? Sentí un escalofrío recorrer mi nuca.

Al llegar a mi habitación de estudiante, sus manos, sin ningún aviso, desabotonaron mi camisa con la paciencia de quien desenvaina arvejas. Intenté besarla, pero sus pies rozaron los míos para quitarme los zapatos. No pudo hacerlo y me reí. No se dio por vencida y en el segundo intento mis pies quedaron expuestos como un par de almejas sacadas de su concha. En la oscuridad sus dedos palparon las texturas de mi piel. Sentí su nariz olfateando mis aromas. Era mi primera vez y ella parecía saberlo. Mi vergüenza pasó a segundo plano cuando sentí sus dientes morder mi cuello.

Al despertar al día siguiente, no me sorprendió comprobar que estaba solo. Asimilar la experiencia, supuse, no sería tan difícil como reunificar cada una de las partes de mi cuerpo que yacían desperdigadas por toda la habitación.

Soltar

por Gabriela Morón

Al final de mis días, entendí que no hay forma de posponer una lección hecha para uno mismo.

Transcurría mi último día de trabajo. Como de costumbre, rondaban las siete de la noche y aún me hallaba ensamblando frascos de loción anticaída. Estaba ensimismado en el futuro, después de todo, había dedicado treintainueve años a esta fábrica y nunca me imaginé trabajando fuera de este lugar. A decir verdad, tampoco creí que la jubilación me hallara vivo, aunque con un tremor incipiente en el hemisferio derecho.

Sé que he vivido huyendo de las decisiones, sobre todo de aquellas que implican soltar. Bienes, relaciones, parentescos, trabajos, estilos de vida, comodidades. Lo cierto es que diariamente huyo de mi hogar, de mi esposa, de mis hijos. Anhele otras realidades, pero huyo de una forma que me permita a la vez no soltarlos. Añoro vivir en otro país, pero a la vez tengo miedo de abandonar la seguridad de poseer estas tierras. Detesto a mi familia, pero la idea de no volverla a ver también me resulta inquietante. Soltar. Esa era la palabra.

Estaba terminando de enroscar la última fila de frascos, cuando el vigilante de turno se precipita a la ventana desde la cual cotidianamente se asoman los inspectores.

—¡Samuel! ¡Fuego! ¡Fuego! —grita.

En cuestión de instantes nos vimos rodeados de una atmósfera de monóxido que amenazaba con dormirnos. La llamarada venía del almacén de solventes.

El joven, cuyo nombre jamás aprendí, deambulaba de un lado para otro en búsqueda de una salida, tenía la misma desesperación y fiera de un animal enjaulado. Desensambló el manubrio de una máquina y rompió una de las ventanas que daban a la calle. Se volvió hacia a mí, me arrastró consigo. Juntos contemplamos el vacío.

Me miró a los ojos y se lanzó. Había gente presenciando la hazaña. Transcurrieron instantes hasta que decidí escapar por la ventana, pero mis manos, temblorosas, se aferraban al alfeizar.

—¡Suéltate! ¡Suéltate! —gritaron los de abajo.

Fue entonces como aquel verbo tan esquivo se había vuelto ante mí, finalmente, una acción.

La entrevista *por Yisela Marroquín*

Recuerdo el día que me llamaron de esa agencia de publicidad tan conocida. Fue la mejor noticia que tuve en meses. Por fin tendría un trabajo decente, acorde a mi carrera, con un sueldo digno, cerca de mi casa, en una de las mejores zonas de Lima para trabajar. Ese día salté de felicidad.

La reunión sería con el director creativo. Me dieron su nombre y lo busqué en Google. Tenía poca información, pero los datos suficientes. El LinkedIn señalaba que gustaba trabajar con mujeres: ya tenía algunos puntos a favor.

El día esperado llegué muy temprano. Entré en el edificio. Por fuera disimulaba su antigüedad, pero por dentro era muy de los sesentas. Busqué el ascensor y estaba medio escondido, sin ninguna indicación. Marqué el octavo piso y se demoró como cinco minutos en subir, una eternidad.

Estaba tan emocionada que olvidé mi claustrofobia. Llegué un minuto antes de las once de la mañana. Con suerte pude entrar y me recibieron muy bien. Esperé un rato y tuve la gran entrevista de mi vida.

Al salir, empecé a mensajear a mis mejores amigas sobre cómo me había ido y sin darme cuenta me fui por un pasadizo que no había visto antes. Guardé el celular y traté de volver a la ubicación inicial. Nunca la encontré.

Caminé y toqué las puertas que veía. Nadie salía, no respondían. Recuerdo que cerré los ojos, respiré hondo y traté de concentrarme. Me quité los tacos y busqué las escaleras para bajar.

Miré mi reloj y ya había pasado una hora dando vueltas. Volví a tocar cada una de las aparentes oficinas. Nadie abría.

Llamé a mi mamá y le pedí que me buscara en la dirección que me dieron porque no encontraba la salida. Me dijo que vendría, que no estaba lejos. Me sugirió hablar por teléfono al lugar de la cita, quizá me podían ayudar más rápido.

Marqué y le conté todo a la recepcionista. Ella no entendió. Pensó que era un mal chiste y terminó diciendo que ellos no estaban ubicados en Miraflores. No pude creerlo.

Revisé cada rincón del edificio y todo era muy extraño. Parecía un lugar sacado de un cuento de terror. No tenía idea dónde estaba.

Luego de una hora mi madre me llamó y me dijo: Cálmate, esa calle no existe en Miraflores. Solo atiné a lanzar un grito. Nunca supe que pasó ese día.

Extravío *por Tania Huerta*

Nunca creí en los príncipes azules ni en las historias de héroes al paso. ¿Quién, en su sano juicio, se arriesgaría por amor o, menos aun, por una desconocida, solo por el hecho de ser una dama en peligro?

Y aunque lo mío es la fantasía y los mundos irreales, lo que voy a referir es ciento por ciento real.

Decidí ser secretaria para decepción de mi madre y mi familia bien letrada. Era una carrera rápida y rentable. Me veía detrás de un escritorio de una linda oficina sirviéndole cafecito a mi jefe, siendo su persona de confianza y reina del lugar cuando él no estuviera. Luego me di cuenta de que solo parte de esa idea era real y que no era tan sencillo como pensaba.

Todas las mañanas, salía a estudiar apresurada, con el maquillaje perfecto y el cabello recogido en el más prolijo peinado. El uniforme, un vestidito muy femenino y coqueto, se remataba en los zapatos de tacón alto que, obligatoriamente, usábamos todos los días. Era una experta con ellos; no había escalera, piso resbaloso o bache de las olvidadas pistas de Lima que me venciera. Siempre podía caminar como una perfecta dama.

Dama al fin, pero no pudiente, tenía que tomar el transporte público a diario. Preocupada, miraba mi relojito de

muñeca. Al fin divisé la S. Se acercaba con la puerta semia-bierta y el cobrador, un chico bastante joven, con medio cuerpo afuera del pequeño ómnibus.

Di tres pasos acelerados y ya estaba sentada dentro del vehículo, esperando que cambie el semáforo para, por fin, avanzar. Mis ojos se entrecerraron, caí en cuenta de que una fría brisa envolvía mi pie derecho y un impulso me hizo tocarlo. Estaba desnudo. Con incredulidad aún, miré hacia la puerta, hacia la escalera del vehículo y hacia la pista que, en ese justo momento, dejábamos atrás. Mi zapato, tan azul y bien lustrado, yacía ahí, con el taco atrapado en un pequeño hueco de la pista maltratada.

Deslicé mi pie descalzo escondiéndolo tras el otro. Mi mente trabajaba a mil, tomando una decisión. Me veía caminando sin un zapato, regresando avergonzada hasta esa esquina. A esa edad una se abochorna por todo. El vehículo no pararía por algunas cuadras hasta la siguiente luz roja y, a cada segundo, me alejaba más del calzado abandonado.

El vehículo paró nuevamente. Tenía que decidirme mientras durara la colorada luz. Pasaron unos segundos. El boletero desapareció bajando a llamar a más gente. No había otra opción, haría el papelón de mi vida. Tal vez sería mejor sacarme el par y caminar descalza por la calzada. Ironías de la vida.

A punto estaba de bajar del pequeño ómnibus, cuando unos brazos se estiraron hacia mí. Ahí estaba él, ofreciéndome entre sus manos y arrodillado, mi zapato.

—Se le cayó, señorita —dijo el joven boletero con la voz entrecortada, aún agitado por la rauda carrera que emprendió en busca del perdido.

—Gracias —respondí bajito, ruborizada y sonriéndole a quien fue mi héroe improvisado.

Me puse el bendito zapato y seguí mi acostumbrado viaje en paz, con el aire dibujando arabescos sobre mi rostro y, por primera vez, sin que me molestara el «¡pisa, pisa!» acostumbrado.

Lujuria
por Claudia Ivonne Llauca Chávez

Fue mi decisión quedarme. Desde que estoy aquí me he transformado en cada elemento de la tierra. El camino ha sido largo, y ninguna de esas formas de vida ha saciado mi deseo de pertenecer a esos seres y experimentar lo que ellos sienten. He presenciado sus progresos y sufrimientos, pero lo que más me atrae es el apetito sexual cuando unen sus cuerpos. Unión prohibida con las divinidades.

Miré revolcar sus cuerpos entre matorrales y recostarse entre las paredes. He oído sus gemidos y escuchado sus palabras apasionadas. Después de pensarlo, decidí no ser solo espectadora, así que me encuentro arraigada al suelo con este imponente tronco hueco esperando mi oportunidad.

Esta tarde, en pleno bosque húmedo, un ser varonil ha buscado refugio en mi interior y, semejante a una planta carnívora, he atrapado a mi presa. El sonido de la lluvia y el olor a tierra mojada se mezclan con el placer al tenerlo dentro de mí. Los dioses me observan mientras termino de saborear cada parte de su ser. Después de este exceso, no regresaré. Mi consuelo será volver a sentir aquel placer, aunque permanezca en este cuerpo esperando la próxima oportunidad.

El camino de vuelta
por Benjamín Herrera

Y de pronto, decidí no crecer más. El único antecedente conocido es el de Oscar Matzerath, en *El tambor de hojalata*. Y aunque sé que no son las mismas condiciones, al menos compartimos esa punzante disconformidad, que me empuja a detener mis tiempos para volver a nacer.

Cuando el sarnoso Job dijo que desnudo salió y desnudo volvería a la matriz de su madre, no era consciente de sus palabras. En cambio, yo sé que, a mis treintaitantos años, aquel acto es casi imposible. Nacer no tiene retorno, salvo que uno mismo se lo invente. Cuando nacemos, en un instante somos trasvasados a otro vientre mucho más húmedo y solitario que el original.

Yo había ganado esa primera carrera, y ahora aquí, en esta vida, debo seguir demostrando no sé qué, para seguir viviendo. Alguna vez fui el mejor en algo. ¿Qué más debía probar?

Crecí viendo en televisión la porfiada publicidad de chocolates y energizantes que promovían una engañosa superación personal. Evité contaminarme con esos automatismos. La mayor sensibilidad está en quienes van contra la corriente.

Por ello decidí volver.

He tomado una mochila, una linterna para alumbrar el sendero y el cuaderno en el que escribo todo lo que deseo guardar como memoria. Comienzo el ascenso en esta intrincada

cúpide, y voy imaginando el preciso segundo en que mi cabeza atravesó el ensangrentado vientre de mi madre, pensando que esa medianoche de agosto no debí ser yo, sino otro el que pisara esta maldita tierra, a la que en minutos volveré a unirme.

Brincos
por Leyles Rubio León

La madre y la niña esperan fuera del consultorio. El doctor debe revisarle el muñón, encontrar motivos a las cicatrices inacabadas. La mujer ansiosa pregunta por su turno. El horario de las citas no se respetaba. La niña juega para no aburrirse. Sus rizos se agitan con los movimientos, su vestido a cuadros flota. La consigna: no tocar los negros. Su pie izquierdo salta solo sobre los recuadros blancos. La pequeña alterna en cada mano la nueva prótesis que le donaron. La sacude con tanta rabia que espanta a los otros tullidos, a los enfermeros apáticos y a las baldosas que se desvanecen.

Contrasentido *por Renzo Zevallos*

Ya lo decidí. Siempre me dije: si tuviese que prescindir de alguna parte de mi cuerpo, de algún sentido, ¿cuál sería?

Llevo atrapado varios meses en este búnker. Cada hora una voz robótica repite que los niveles de radiación en la superficie no son los adecuados para ninguna forma de vida; no hay escapatoria. El olor a hiedra húmeda infesta los ambientes. Siento cómo la brisa suave del aleteo de miles de mariposas que revolotean a mi alrededor golpea mi rostro. Hundo mis dedos en los globos oculares y recuerdo a mi madre acariciándome. Había dejado de creer desde hace ya mucho. «Cristo es la piedra principal que sostiene la integridad de todo tu edificio, aférrate a él», me decía cuando me veía cavar. Qué paradójico, nunca encontré la salida en él y ahora ya no deseo vivir. No puedo huir, no quiero huir. Dios, ¿vendrás a rescatarme?

Estrello mi vaso con ginebra en la pared, en alguno de los muros de aquel pestilente cuartucho, voy a tientas y palpo el grabado, siento el relieve de las letras, sé lo que hay escrito allí: «El principio básico del holismo es que el todo es más que la suma de las partes». ¡Vaya absurdo!

Ya no soy un todo, lo era antes del fin de la guerra, cuando podía diseccionar los insectos usando todos mis sentidos.

Ya no importa. Tengo fiebre. Amor y odio. Eso es lo que me matará.

Presiento que la temperatura en el estanque es la apropiada. Hace ya algunas semanas que no los alimento, empero su voracidad los mantiene vivos, al menos uno de ellos lo está, estoy seguro de ello, el koi japonés. En los días transcurridos ha ido barriendo el estanque con sus barbas en búsqueda de los espinazos con los que alimentarse.

Voy a la congeladora. Pienso en cómo estará rotulado; Género: Hembra, Especie: Photuris. No tengo que hacerlo, pero igual me calzo las botas de caucho y el mandil que anudo a mi cuello hiede a crustáceos en descomposición. Guardo la pequeña caja en el bolsillo, y una tenaza atrapa mi dedo, aún queda un cangrejo vivo.

Busco a tientas los auriculares y no me demoro en encontrarlos, pues la música suena en ellos. Amor y odio, me digo. Subo el volumen a toda su potencia y ello hace que se adhieran como ventosas en mis oídos.

Que paradójico. La escalera que me llevará al cielo es la escalera que me hace descender al inframundo. Led Zeppelin suena en mi reproductor, pongo atención a la letra... «hay una señal en la pared... porque ya sabes que a veces las palabras tienen dos significados... A veces todos nuestros pensamientos son dudas...». Llegué a la mazmorra. Retiro la caja del bolsillo de mi mandil y saco con cuidado el frasco. Lo destapo y extraigo con una pinza a la «Photuris», la luciérnaga más venenosa de las especies ponzoñosas. El ambiente apesta a formol y también puedo sentir el olor del adenosin trifosfato que al combinarse con el oxígeno y el calcio intracelular producen su luminiscencia.

La pongo en un paño y le abro el abdomen con el escalpelo, y en una pipeta coloco la luciferina. Pienso en la misma raíz latina que la palabra «Lucifer». Esta especie tiene un veneno que no consigue matar al ser humano, pero lo deja paralizado unos instantes y con dificultad para respirar. Saturado la hipodérmica con la pócima y directo en la yugular será más efectivo.

Dispongo de pocos minutos para que comience a surtir efecto. Extraigo el cangrejo de mi bolsillo y lo inserto en un anzuelo con unas hileras que me servirán de sedal. Lanzo la carnada, y el agua se agita y burbujea estrepitosa.

Sé que el koi me vigila desde algún lugar en el estanque. Desnudo, bajo por las escaleras al agua fangosa, con los auriculares todavía puestos. Suena la misma canción: «Y se susurra que pronto, si todos cantamos la melodía, entonces el gaitero nos conducirá a la razón». Dios, ¿vendrás a salvarme?, ¿eres mi edificio?

El koi japonés, el pez más fiero de la especie Carpa, empieza devorándome la cuenca de los ojos. Amor y odio, pienso; sintiendo mi cuerpo paralizado.

La deuda
por Renzo del Águila Merzthal

Al despertar, me encontraba en un ambiente de escasa luz y paredes ásperas con interminables escaleras y estrechos pasillos. Un vidrio enmarcado en las pocas ventanas, retenía las luces de una distante ciudad, pero expulsaba, por unas delgadas rendijas, un frío penetrante.

Tenía que pensar en cómo salir de ese edificio, pero me era incómodo por los murmullos y sollozos de extraños que se encontraban en la misma situación. A lo lejos, se escuchaban golpes secos y ruidos violentos, lo que hacía que la piel se me erizara.

Fue al bajar por unas escaleras que pude ver a un hombre, grande y fornido, con un casco adornado con filosas cornamentas y máscara bestial, mutilar lo que quedaba de una joven. Fue en ese punto que caí en cuenta de que las deudas con el señor Minos se pagan con sangre.

Sin salida
por Elías Fernando Chávez Álvarez

Llevo más de seis horas intentando salir de este edificio. He venido y salido muchas veces de aquí, pero esta vez el camino se me hace eterno. Vine porque ella me llamó, prometiéndome que esta conversación sería la última. Sin embargo, como siempre, terminamos peleando. Me fui de su departamento tirando la puerta y jurando que no volvería nunca más. Hasta que recibí su mensaje. No lo quise leer. Suponía lo que contendría: una amonestación por mi poca paciencia, y luego, con tono indulgente, me diría que ella, a pesar de todo, me quiere. Añadiría que nuestro amor es inevitable, mágico, capaz de superar cualquier obstáculo, menos la muerte. Me pediría que vuelva a subir.

Tom Hanks desterrado *por Rafael Gonzales*

Hay dos versiones de *Náufrago*, una película de Robert Zemeckis. En la primera versión, adaptada y llevada al cine, Tom Hanks viaja en avión y este se estrella en una isla. Todos los pasajeros mueren salvo él. Tras esto, deberá sobrevivir durante años con los recuerdos de una vida en la que labura como ingeniero en FedEx, tiene buenas amistades y está casado con Jodie Foster.

En la isla, aprenderá a pescar, pateará cocos, descubrirá el fuego, se quitará un diente y se volverá amigo íntimo de una pelota de voleibol llamada Wilson. Sin embargo, debe hacer lo que todo hombre hace cuando está lejos. Regresar a casa. Por eso, traza un plan que implica maderas, sogas naturales, una puerta metálica de avión y un plan de navegación muy optimista. Al final todo termina con un bote improvisado destrozado, la pérdida de Wilson y un Tom Hanks muy deshidratado.

En la segunda versión, la trama es más sombría. El avión se estrella, los pasajeros mueren, pero Tom Hanks no está solo. La isla está habitada por tres clanes enemistados: los Hallah, los Cavan y los Litsei (caníbales). Tom Hanks intentará mejorar las relaciones entre ellos, enseñándoles a usar los restos del avión, desde partes metálicas —alergones, capotes

y asientos—, para ser usadas como techos o puertas, hasta objetos de los equipajes, entre ellos una pelota de voleibol que los habitantes deciden llamar Wil-son («buena suerte», en lengua Cavan), cuyo valor se volverá de suma importancia para crear lazos entre los clanes y vivir en paz.

Sin embargo, cuando un veterano Tom Hanks quede postrado por un inmenso dolor de diente, acompañado por fiebres altas, la tribu de los Litsei desatará el caos, y en una redada, robarán a Wil-son y se comerán al líder Cavan. Los habitantes de este clan le pedirán a Hanks explicaciones por la desaparición del objeto y del líder. Él, al no querer delatar al clan Litsei y desatar una masacre, se inculpa y es desterrado a la parte más solitaria y ciega de la isla. Una vez instalado, ideará un plan para escapar del lugar y volver a casa.

Maneki-neko
por Aldo Livia

Isidro volvió a mirar su reloj y las agujas apuntaban a las doce. En la cuadra siete del jirón Ucayali los trabajadores, comerciantes y algunos turistas se dirigían a almorzar a diferentes ritmos. Divisó y arqueó el periódico como una visera e hizo un barrido de un lado a otro hallando con letras doradas el salón Capón, y terminando en el arco chino. Antes de hacer otro repaso, apareció Santiago. Este llegaba entusiasta, vestido con unos *jeans* a la moda y una camisa ceñida, mientras su reflejo se deslizaba suave entre los vidrios oscuros y transparentes de los comercios. Isidro bajó la mirada e hizo un repaso de sus zapatos gastados, sus *jeans* acartonados y el polo más decente que tenía. Pero no le importaba, pues había un motivo mayor y urgente. Su compañero de cacería había llegado y recordando eso estiró el brazo para saludarlo mientras sonreía. Era importante empezar así: sonrientes y enérgicos. Las vibras positivas debían unirse a ellos para dar caza al gato rosado.

Fue en febrero, unos días después del año nuevo chino, que ambos coincidieron en una tienda que ofrecía figuras de la buena fortuna. Las observaban y señalaban, preguntando precios y enterándose de sus beneficios místicos, aunque esto último era una cortesía. Isidro se dio cuenta de que Santiago

recogía y observaba lo que dejaba. Hasta que, al mirar una figura de buda, dijeron casi a la vez que era lo mejor para un hogar feliz. Después de decirlo, callaron a la vez y comprendieron que era algo que les preocupaba, y terminaron compartiendo opiniones sobre esa generosa figura. Dejaron de lado los comentarios de la vendedora sobre las tres monedas, los dragones o el sapo de tres patas y, aburrida, ella comenzó a prestar atención a la discusión referenciada de periódicos y revistas viejas. Antes de que la tienda se convirtiese en una sucursal del Congreso, pues tres señoras se sumaron a la discusión al paso, la jovencita, en un ágil movimiento, puso un gato dorado en el mostrador y lo enseñó con la palma. Los cinco miraron al diminuto animal y, mirando el gesto de la joven, coincidieron en su poder de la buena suerte, abundancia y protección. Apagada la discusión, Isidro y Santiago decidieron comprar la misma figura y la vendedora advirtió que si el objeto era regalado y se pronunciaba el nombre del beneficiado en voz alta traería bienestar y deseos provechosos. Por eso decidieron intercambiar sus gatitos en señal de buena voluntad, mientras el quemador de incienso echaba humo y la vibración de campanitas y metales diversos aseguraban la fortuna. Tan efectivo fue el ritual y la donación de veinte soles, que solo al salir hallaron un generoso rollito de billetes a mitad de la calle lo cual les permitió celebrar en el chifa más caro que sus ojos pudieran calcular.

Una vez acomodados, Santiago confesó que era un enamorado indeciso y siempre se acobardaba cuando alguna de sus conquistas se acercaba al tema del matrimonio. Creía muy firme en compatibilidades zodiacales y etapas de enamoramiento tan estrictas que, de saltarse una, la relación se iría al tacho de forma inevitable. Consultó con brujas y

chamanes que hacían amarres, y le dieron a entender que la felicidad plena se podía hallar a más fe y dinero le ponga a los remedios y amuletos que le ofrecían. A sus cuarenta, sus opciones lo abandonaban o terminaban casadas, así que decidió confiar a un poder superior y místico su futura vida de casado. Isidro, en cambio, era tan feo que a pesar de sus cursos de automotivación y aceptarse mil veces al espejo entendía que le hubiese ido mejor si una mujer con ceguera se lo dijese. Ninguna chica del barrio o de su humilde trabajo en la imprenta tenía interés en él. Solo hallaba consuelo cuando la joven repartidora de almuerzos le decía «muñeco». Inicialmente depositó su fe en los escapularios de los santitos que sus tías Uchi y Charo le escondían en los bolsillos, como San Antonio de Padua, para pedir un amor, o Santo Tomás de Aquino, para lograr un amor que es imposible; incluso una mañana halló una de Santa Isabel de Portugal, que, luego se enteraría, era para hallar marido. Las intenciones de las tías se duplicaron cuando Isidro descubrió debajo de su cama ajos con olores extraños, sobres de cartas con nombres de mujeres que ni él reconocía dentro de su almohada, pero el colmo habría sido despertar sudoroso a medianoche y hallar diversas velitas de colores encendidas como si lo estuviesen velando. Por eso, pidió a sus tías no intervenir y dejar que él mismo jugara su última carta en la cruel ruleta del amor, confiando su destino en los amuletos de oriente. De todo esto se enteraron uno del otro: sus penas y humillaciones entre frases de salud y promesas de solidaridad mutua. Antes de pedir la cuenta, el segundo golpe de suerte llegó solo: un mozo les dejó la carta y dentro había una boleta cancelada con cincuenta soles de vuelto. De esa manera, concluyeron que el destino era más generoso si andaban juntos y podían

dar caza a un amuleto eficaz para su problema, pero difícil de hallar: el gato rosado.

Al ingresar en la primera galería, conversaban sin mirarse pues cada uno observaba con detalle si alguna tienda escondía el dichoso animal. Preguntaron a algunos comerciantes conocidos y todos ofrecían los gatos dorados o blancos comunes en diferentes tamaños. Todos sujetaban con la pata derecha una imitación de una moneda *koban* y collares con un cascabel contra los malos espíritus. Incluso hubo dos vendedoras que ofrecían pintarlos a cambio de unos soles más. Pero no era igual. A la suerte no se le engaña de esa forma. Y cuando Isidro decidió abandonar la cacería, Santiago le contó que esa noche soñó con el gato. El rechoncho felino lo llamaba sonriendo y moviendo la pata izquierda lo más alto posible tantas veces que el vaivén de la pata rosada lo hipnotizaba. Ven, le decía. Y de pronto el gato se hizo más pequeño y era sostenido por una hermosa mujer. Ella lo llamaba y, de pronto, esa voz se convirtió en un coro de muchas mujeres imitándola, todas sensuales, desnudas, y con miradas felinas hipnotizadoras. Repetían su nombre cada vez con más intensidad y sensualidad: era un coro «orgasmático», concluyó sonriendo Santiago. Isidro en lo único que soñó en toda la semana fue que era un queso salado y amarillo que rodaba feliz por una pista, mientras un perro amarillo lo empujaba entre lamidos y mordidas. Envidió, por un momento, el sueño de su amigo y le respondió con una sonrisa contagiado de una nueva esperanza.

Aunque buscaron por muchas galerías alledañas, todo fue un fracaso y decidieron regresar al mismo restaurante para recuperar fuerzas y despedirse. Subieron derrotados al segundo nivel del chifa y hallaron la figura del animal en una vitrina muy iluminada entre unos platitos celestes de loza y un barco

hecho con palitos de bambú. En la recepción, sonrientes y emocionados, pidieron hablar con el dueño y este les comentó que solo había uno. Viendo sus rostros, el amable chinito les relató que el gato pertenecía a su abuelo y que era parte de una herencia familiar junto con todas las cosas de la vitrina. Al final, les dio una esperanza y sentenció el precio del gatito con la siguiente frase: «Das trescientos y hay michi».

Al final, cada uno entregó la mitad de la cifra y, mirando al dueño con seriedad, este les sonrió y los invitó a sentarse mientras esperaban a que buscara las llaves. Unos minutos después, sacando un llavero, se acercó a la vitrina, y de forma casi ceremonial lo retiró despacio y, extendiendo los brazos, lo depositó sobre la mesa, donde ambos amigos esperaban sonrientes, al tiempo que devoraban ansiosos sus dos platitos de chifa de cortesía.

Ahí estaba el gato y su gran duda: ¿quién se lo merecía más? Después de calcular un poco sobre la necesidad del otro, decidieron sortearlo sacando mondadientes al terminar de cenar. Cada quien retiraba uno y si salía uno de color oscuro, que había sido embadurnado con el sillao, sería el ganador. Santiago dijo que pasara lo que pasase su nueva amistad trascendería y el ganador, en señal de solidaridad, debería acompañar al otro en la búsqueda del segundo gato porque la suerte no podía compartirse. Isidro asintió y se mordió los labios, mientras miraba la colita del gato. Al final, Isidro se llevó el premio y fue felicitado. El amable chinito se les unió dando garantías de amor, fortuna y una prole de media docena de hijos. «Uff, potente el michi», decía el amable chinito. Santiago, sonriente, le auguraba a su nuevo amigo que en pocos días hallaría el amor. Al salir del chifa, se despidieron y concertaron la siguiente búsqueda.

Así, luego de varios meses, una noche antes de continuar la búsqueda del segundo gato, Isidro estaba en la obligación de estimular su imaginación viendo un par de películas románticas y leer algunos poemas que le servirían para inspirarse en los detalles de su ficticia historia amorosa. Como todos los sábados, se despide de sus tías, palpa en sus bolsillos sus escapularios de santitos, y mira en la repisa a ese gato corriente y blanco mal pintado de rosado.

Sueño
por Gerardo Temoche Quezada

El ruido seco del disparo lo despertó. Saltó de la cama impulsado por la curiosidad y se asomó a la ventana para verificar la procedencia de tal detonación. La calle estaba oscura, apenas iluminada por un poste que con intermitencia proyectaba un haz de luz. El silbato de un guardián se escuchó lejano, y un aire gélido entró en la habitación, penetrando con violencia por sus fosas nasales, lo que le produjo un lagrimeo incontenente y un estornudo estrepitoso. Había llovido. Lo supo por el olor que traía consigo el asfalto mojado. Se acostó nuevamente y recordó que estaba soñando con una balacera, viéndose él mismo en medio de tan peligroso tiroteo. Tuvo miedo y solo atinó a dejarse caer contra el piso. Fue entonces cuando despertó. Esbozó una sonrisa y se dejó ganar por el sueño. Un hilo de sangre brotó debajo de la almohada: el impacto fue certero y directo al cerebro, con orificio de entrada, caprichosamente, por una de sus fosas nasales.

Office Boy
por Heroud Ramos

No sé cómo acabé aquí, literalmente al borde del abismo. Era mi primer día en la oficina. Estaba preparándome un café cuando el edificio empezó a tambalearse. Luego se escuchó el sonido de una explosión. La adrenalina fluyó con tanta fuerza dentro de mí que en el camino no presté atención a ninguno de mis compañeros. Salí corriendo por las escaleras de servicio, y subí y subí. Quería llegar a la azotea porque me imaginaba que, cuando los bomberos llegasen a rescatarnos, lo harían por el techo.

Al llegar al último piso, me encontré con una puerta cerrada. Estuve un rato luchando por abrirla, pero fue inútil. Entré en las oficinas donde solo había escritorios y cubículos abandonados. Me asomé por la ventana, la gente se amontonaba en las calles y el cielo era oscurecido por una espesa columna de humo negro. ¿Qué diablos había pasado? Intenté llamar a mamá para decirle dónde estaba, pero la operadora automática me mandaba al buzón de voz.

Pasaron unos minutos. Pensé en bajar a reunirme con los demás para, entre todos, derribar la bendita puerta y acceder a la terraza, pero cuando me asomé a las escaleras vi que el mismo humo espeso y negro subía junto con las llamas por el interior del edificio, metiéndose hasta la oficina en la que

yo estaba. Tuve que abrir una de las grandes ventanas para respirar. En el cielo, pude ver un helicóptero. Quise llamar su atención, arrojando papeles y libros contables, pero solo seguía dando vueltas y vueltas como un abejorro sobre una flor. Imaginé que eran de la televisión.

El humo ya había envuelto por completo el edificio. Me paré sobre el borde de la ventana, cubriéndome la cara con la camisa. Los marcos de acero empezaban a quemarme las manos. Miré hacia abajo y fantaseaba con la idea de que pudiesen un gran trampolín para que todos pudiesen saltar y así salvarnos. Cuando me preguntaba si tendría el valor de lanzarme al vacío, vi pasar muy cerca de mí un gigantesco avión que se estrelló contra el edificio del frente. Mamá, tú tenías razón. Manhattan no era un buen lugar.

El secreto de Bea *por Ángel Málaga*

Todos le decíamos la Bea. Era la hermana de mi padre, mi tía Beatriz. Vivía en la casa de mi abuela, en un cuarto, al fondo de un pasillo.

Tendría unos cuarenta años, era soltera y algo extraña. Fumaba bastante. Consumía los cigarrillos con caladas profundas y se comía las uñas.

Tenía una mirada de continuo recelo, a veces de odio.

Era la imagen de la mujer que ha escogido quedarse al margen, mientras el mundo continúa su curso.

Mi abuela decía que le faltaba un tornillo, y los médicos, que carecía de serotonina, que eso causaba su depresión.

Pero a mí me parecía que no le faltaba nada, que más bien algo le sobraba, algo que llevaba de más profundo de ella.

Guardaba un secreto, un recuerdo inconfesable, grávido, algo que tenía que expulsar para liberarse, pero no podía hacerlo... y eso la abatía.

Fue a terapias, pero ningún psicólogo logró extraerle el secreto ni liberarla de su tristeza. A veces la medicaban y eso la tenía por un tiempo tranquila. Parecía olvidar lo que llevaba dentro. Y se volvía sociable y hablaba mucho; hasta que, casi sin darnos cuenta, volvía a su estado anterior, a llenarse de una tristeza imprecisa e irremediable.

Cuando crecimos, ella seguía igual, sin salir de casa, sin dejar su cuarto. De no ser por sus canas, se podría decir que tenía siempre la misma edad.

Por alguna razón, yo era su sobrino favorito. Tal vez porque le tenía paciencia, la escuchaba y solíamos pasar el tiempo jugando cartas. Pero, después de que murió mi abuela, ya no la visitaba mucho.

Solo la llamaba por teléfono. Una o dos veces por semana. Había días en los que me bastaba escucharle unas cuantas palabras para saber que la depresión la estaba consumiendo, entonces trataba inútilmente de alegrarla. Pero cuando ella me llamaba era porque la depresión había empeorado. Sus palabras sonaban rápidas, nerviosas, como si quisiera decir muchas cosas a la vez.

Un día de lluvia, estaba en la calle, caminando apurado hacia mi casa, cuando sonó mi celular.

Pensé en no contestar, pero vi que era ella y recordé que en los días de lluvia se ponía demasiado melancólica, peligrosamente triste.

La lluvia no era tan fuerte, caía sesgada.

—Aló, Bea. Estoy en la calle. Te llamo...

—Escucha, escúchame bien lo que te voy a decir. Cuando yo era una niña, tu abuelo, a quien tú querías tanto... —una interferencia, quizá provocada por la lluvia, me impidió escucharla. Pasó un rato y cuando la interferencia se aclaró, yo quise decirle que me repitiera lo que me había estado diciendo porque no la había escuchado, pero ella seguía hablando... y fue así... —otra interferencia—, y yo era una niña muy débil... —una interferencia más— y mi mamá, en vez de...

Oía frases aisladas, entrecortadas.

Por fin, cuando las interferencias terminaron y la comunicación volvió a escucharse clara, Bea comenzó a sollozar:

—¿Entiendes? ¿Ahora me entiendes?

Gemía. Le era difícil respirar.

—Gracias por haberme escuchado. Nunca volveré a repetir lo que te acabo de contar, me moriría de vergüenza. ¿Sabes? Esto no se lo había contado nunca a nadie, no sé qué me pasó, lo he guardado dentro tanto tiempo... Perdóname, yo no quería... Es demasiado fuerte, ¿verdad?

—¿Estás bien? —le pregunté.

La garganta se me cerró y la voz salió apenas.

—Sí, me siento mucho mejor. Me siento liberada.

—Gracias por habérmelo contado a mí, Bea. No te preocupes, no lo contaré nunca a nadie.

Desde ese día ella cambió. No necesitó más pastillas ni psicólogos.

Al día siguiente la fui a visitar, parecía haberse distendido, desmadejado, hablaba con fervor de las cosas más banales. Por primera vez le vi en el rostro un atisbo de felicidad.

Jugamos cartas como cuando yo era un niño. Reímos. Me habló de un viaje que quería hacer. En un momento, me dijo:

—Ya sabes, ni una palabra de lo que te conté —me miró fijamente durante algunos segundos mientras lo decía. Yo mantuve la mirada con esfuerzo y sentí una ligera vergüenza sin saber muy bien de qué.

Su mano frágil y huesuda se cerró sobre la mía.

—Gracias. Gracias por escucharme y por guardar el secreto.

Supe en el acto que nunca me atrevería a confesarle que no la había escuchado, que la confesión de su secreto se

había quedado suspendida en algún lugar del espectro electromagnético, entre el humo de los autos y las nubes de la ciudad.

Bea murió sola, de un ataque de asma en medio de la noche, cuatro meses después de esa conversación.

Cuando mi hermano me dio la noticia, la cara se me llenó de lágrimas en un segundo, y lo primero que pensé fue que Bea se había ido de este mundo con su secreto.

A veces me quedo mirando el cielo y espero que ese espectro, como un eco, me devuelva sus palabras. Pero tal vez sea mejor así, que el secreto de Bea se haya quedado allí, suspendido, como un telón que no cae.

Once
por Rocío Meza

La carta sobre mi escritorio, escuetamente redactada, espera. Hago el ademán de leerla, como todos los días. Pero no la leo. Me la sé de memoria.

Al lado de la carta están los expedientes. Me ayudan a tener una idea más precisa del nuevo caso y de todos los demás a mi cargo. Me espera un día de labor intensa.

* * *

Yo me había prometido esta vez sí dejarlo todo y dedicarme a esos sueños que había guardado en el fondo de la tierra para que no murieran, para que hibernaran hasta que llegara el momento en que, cumplidas mis malditas obligaciones morales, pudieran germinar. Muchas noches de insomnio he caminado descalza hacia el lugar donde guardo la flauta travesa, atesorada como si fuera el mandala de la felicidad. Juro que algunas veces, después de haberle quitado el polvo a mis partituras, estuve a punto de abrir la funda, y después la caja de la flauta, y luego armar sus tres piezas, y finalmente arrancarle esos sonidos tan conocidos y tan amados, como hijos.

Cuando estoy por lograrlo, sin embargo, aparece esa parálisis. El miedo a dejarme llevar. El miedo a otro día sin haberme dejado llevar. Y vuelvo, vencida, a la cama, sin siquiera

haberle puesto un dedo encima al metal brillante y terso de la flauta. Al día siguiente, informes, reuniones, formularios, coordinaciones se apoderan de mi energía, la consumen. El tiempo se expande de día, se encoge de noche. Las horas van muriendo muy bien redactadas, eso sí.

Pero anoche, durante el insomnio, perdí la cabeza. Cuando menos me di cuenta, tenía la flauta de plata entre mis manos. Delgada. Delicada. Y, luego de un largo rato de indecisión, comencé a tocarla a mitad de la madrugada. No me importaron los vecinos. Al principio todo fue torpeza. Mis dedos y mi mente se vieron obligados a trabajar febrilmente, a recobrar la pericia. Pero la memoria hizo finalmente su trabajo. Compás tras compás, la música fluyó. Cada nota era como una reivindicación, un manifiesto, una declaración de amor. Y luego, al terminar, el dulce rito de desarmarla, limpiarla y guardarla me hizo recordar cuando yo era un ser al que sí le importaban los ritos.

En la mañana enviaré esa carta. Ahora sí. Esa carta postergada y vuelta a postergar. Pero ya no más. Vuelvo a la cama. Caigo en un sueño profundo como no lo había hecho en mucho tiempo.

A las siete de la mañana me despierta una llamada de la oficina. Ha surgido un nuevo caso y, como siempre, es una emergencia. Inmediatamente me siento ante el escritorio para seguir trabajando. A mediodía me llaman para informarme que en las próximas horas recibiré otros documentos que debo analizar antes de decidir qué medidas debemos tomar.

La carta de renuncia tiene ahora once días sobre mi escritorio. En verdad, son once meses. Bueno, realmente, once años.

Supongo que puede esperar unos días más.

La novia
por Eliana Soza Martínez

La vi cruzando el patio desde el arbusto de grosellas que tanto cuidaba papá por ser herencia de su abuelo. Era la mujer más grande que había visto. Mi corazón era un caballo desbocado a punto de salir del pecho. Su rostro sucio, los harapos en los que estaba envuelta, sus pasos en cámara lenta como en las películas, lograron que mis tiernos huesos tiemblen sin parar. No pensé en nada o tal vez solo en correr, pero el miedo me paralizó.

Al abrir su boca pude observar unos dientes carbonizados del mismo color de la mugre que cubría su piel. Apenas logré entender las palabras que salían de la cueva en medio de su cara, algo sobre un novio. Solo atinaba a sacudir mi cabeza afirmando cualquier cosa que estuviera diciendo porque, si hubiera intentado mover mis labios para pronunciar una frase coherente, ni una sílaba podría haber salido.

Se acercó a mí, agachó la mitad de su cuerpo, tomó mi mentón con una mano grasienta y sus ojos penetraron los míos. Sentí un beso húmedo y hediondo junto a la boca. En ese momento, gracias a Dios, no mojé mis pantalones cortos. Luego se dio media vuelta y desapareció detrás de la puerta de calle.

No pude detener las lágrimas que huían presurosas por mis mejillas infantiles. Las limpié, y fui a abrazar a mamá

y decirle lo que acababa de pasar. Ella trató de consolarme, contando la historia de aquella mujer. Aunque sentí lástima por esa loca, durante varias semanas las pesadillas con su cara sucia sobre la mía me atormentaron.

Me dijo que había sido una hermosa muchacha que estaba comprometida con un ingeniero minero muy conocido por su generosidad. Unos días antes de su matrimonio, el joven murió en un accidente dentro de la mina: cayó a un pozo y su cuerpo nunca fue encontrado.

Esto perturbó tanto a la joven novia que fue perdiendo la cordura, comenzó a frecuentar las cantinas, investigando más detalles del accidente, pero terminó emborrachándose y vagando perdida por las calles. Luego, ya degenerada por completo en su vicio y locura, iba al encuentro de su novio, revisando todas las casas del centro de la ciudad, empujando los portones coloniales, y si alguno como el nuestro no había sido bien cerrado, entraba en búsqueda de la felicidad que le fue arrebatada.

Mientras crecía fui olvidando por completo el encuentro con aquella mujer. Estudié ingeniería ambiental en Sucre y, tras terminar la carrera, volví a Potosí y conocí a Fabiola, con quien después de un par de años de novios decidimos casarnos. Era la muchacha más hermosa que vi en mi vida. Sus cabellos ondulados y negros, que le llegaban a la cintura, simulaban una cascada brillante, su talle delgado remataba en caderas insinuantes, y unas piernas que parecían labradas, de tan perfectas.

Estábamos muy enamorados. Yo había conseguido un trabajo en una de las minas más importantes de Potosí; la paga era buena y entraba muy poco a interior. Ella seguía estudiando derecho, pero deseaba tener cuanto antes un hijo,

aunque eso significara dejar por unos años su profesión. Los preparativos para la boda estaban completos, tan solo faltaba la última prueba del vestido y encargar la torta.

Justo antes de solicitar el permiso a mi jefe, me pidieron sacar unas muestras necesarias para un estudio que deseaban terminar mientras yo no estuviera. Lo hice con mucho gusto porque sabía que después de eso podría irme, durante una semana, a disfrutar de mi luna de miel.

Al entrar en la mina tuve un presentimiento. Los túneles oscuros se tragaron la seguridad con la que siempre ingresaba y en el momento en el que un nudo de recelo fue naciendo en mi estómago, llegó el recuerdo de aquella grotesca mujer. Volvió su rostro sucio, sus dientes negros y juro que pude sentir su aliento nauseabundo. No entendía por qué pensaba en ella en esos momentos. Por segundos, el miedo infantil que me causó su presencia se apoderó de mi ser. En plena negrura, sus ojos enloquecidos asomaron a lo lejos. Sin pensarlo, percibí un pequeño temblor en el piso, y en un instante rocas y tierra se precipitaron sobre mí.

Antes de dejar de respirar me atormentaba el futuro del amor de mi vida, el sueño truncado, el dolor que le causaría mi muerte, el sinsentido de este accidente. Solo pedí a Dios que Fabiola no se transformara en aquella maldita mujer que selló nuestro destino años atrás.

Solo son niños
por Silvia Postigo Segovia

Los objetos del cuarto empezaron a emerger frente a mis ojos, el borde de las cosas alcanzaba mayor nitidez hasta completar una forma sólida y reconocible, parece que regreso del sueño.

Inclino mi cabeza hacia el lado derecho y la almohada cae. Allá está la tele malograda, ya conseguiré otra nueva, he ido juntando los sencillos de fin de mes. Probablemente no viaje a ver a mi madre estas vacaciones. Otra vez llamará indignada. Escucho llorar a los niños del inquilino de al lado. Pienso, no es muy diferente a mi infancia. Veo la puerta de reajo, está bien cerrada; a veces los niños de la vecina se escapan desnudos e irrumpen en mi cuarto para pedir que les ayude. Su madre les pega. Ella llega con esa sonrisa nauseabunda. Son niños, dice, usted entiende. Y se va sujetando a sus niños como dos trapos de nada.

Me levanto y comienza el dolor punzante en la cabeza que se extiende a la columna y lo hombros. Ya oscureció. Saldré a buscar algo de comer. Cuento las monedas —dos... tres soles, a nada—. El parque de enfrente es un verde opaco de postes torcidos. En plena vereda, un borrachito tendido gira su espalda en mi dirección y me saluda. Regreso al departamento con pan y tajadas de jamón de la bodega de la esquina. Veo en las rejas de la entrada una niña, que no es de por aquí, con

vestido corto. Está en cuclillas abrazando sus piernas y con la cabeza gacha. Pasaré rápido, no quiero problemas. Pero la niña, temblando, me sujeta la bota del pantalón. Marcan las siete de la noche y da inicio el mecanismo de la piedad absurda, convenciéndome de bajar mis hombros a la altura de los suyos. ¿Qué te pasó? La niña no responde, hay como un miedo que le esconde el rostro y le impide el habla. ¿Qué te pasa, pues? Si no te dejas ayudar...

Ella reacciona y llora. Me dice que se fue de no sé dónde, pero no quiere volver. Esto es cosa de la Policía. Vamos, párate. Sin embargo, ella no quiere moverse de allí. Las luces amarillas del poste parpadean, ningún transeúnte, y le veo en la entrepierna una línea de sangre. Con más razón: que vamos, que párate, que nada. Ella suplica por cincuenta soles, que se irá lejos. Le veo la cara de doce con moretones, el cabello desgredado, empapado en sudor seco, y en los brazos, arañazos. Con cincuenta soles no haces, vida.

Le abro la reja del departamento y subimos silenciosamente hasta el tercer piso. Solo puedo darle una polera y dos panes con jamón. Le paso un trapo para que se limpie la entrepierna, le doy la única silla del cuarto, pero al intentar sentarse pude sentir la incomodidad que la obligó a permanecer de pie. Yo me acomodo en el reducido espacio sentándome en la cama. Mientras, apago el hervidor y sirvo. Toma, para ti. Parece más calmada. ¿Tus padres? Ella no responde, está como que acá, pero perdida en otro lado. Solo reacciona al pan, mordiendo con tristeza cada trozo, pensativa. Mira, solo puedo darte esto, pero tengo que llevarte con los que se encargan de ti. Ella asiente pausadamente.

De pronto, mi celular comenzó a timbrar, cuelgo. Era mi madre, seguro para reclamarme. ¿Con qué excusas más

seguirá llamando? Me fui de su casa porque estaba harto de su vida entremezclándose con la mía. Me pulsa la sien, la niña mira desde la ventana hacia la calle, estrecha algunas lágrimas dando las últimas bocanadas de pan. Por un momento, si no es la lumbre blanca y mi vista cansina, creí proyectarme en su silueta. Entonces, mi entorno se oscureció, pasando por mi mente cuadros borrosos de recuerdos infantiles, un moretón en el brazo, y realmente soy yo el que está en la ventana. Se asoma por mi hombro una mano que reconozco, me presiona y sacude el cuerpo como otro trapo más. Todos esos golpes y heridas cuyos rastros solo quedan en mi memoria empezaban a doler. Solo son niños, ¿no?

Me levanto de la cama y saco los cien soles de abajo de la tele malograda, lo meto en un morral junto al último pan con jamón que queda y se lo doy. Esto que ves, guárdalo bien, le digo. Bajamos al primer piso y salimos del departamento con la misma reserva de entrada, hasta las rejas. La acompaño unas cuadras hasta la parada del ómnibus y la dejo ahí. Después todo es suerte. Regreso a casa, veo con resignación la tele malograda. Tendré que volver a ahorrar desde el mes que viene. Los niños de al lado ya no lloran. Espero que no lo hagan más. Ya sin nada en el estómago me voy a recostar. Recojo la almohada y me extiendo encima.

Los objetos del cuarto empezaron a desvanecerse frente a mis ojos, tornándose cada vez más borrosos. Los trazos de las figuras compactas se deforman llegando a ser irreconocibles. Parece que regreso al sueño.

Narrar desde la nueva vida.
Muestra de cuentos del taller de Escritura Creativa
dictado por Ricardo Sumalavia
se terminó de editar en diciembre de 2020
por encargo de la Gerencia Departamento Comunicaciones
de Petróleos del Perú-Petroperú SA

Petroperú, por medio de su Gerencia Corporativa Gestión Cultural y Comunicaciones, ha virado, como todos en este tiempo, en sus estrategias de difusión y promoción de la cultura. Para ello, entre sus diversas actividades, me convocó para la realización de talleres de escritura creativa. Esta fue la primera de sus propuestas para ser realizada de manera virtual. La sorpresa luego de su convocatoria fue muy grande. No solo se presentaron los interesados en la capital, sino que se logró convocar a personas de todas las regiones del Perú. Incluso atrajo el interés de bolivianos, argentinos, venezolanos, nicaragüenses, etcétera. La virtualidad nos revelaba que el interés por comunicarse y aprender cada día fue más grande que la pandemia y que teníamos entre nuestras manos nuevas plataformas de diálogo. Así se llevó a cabo este taller de escritura creativa, llamado Narrar desde la Nueva Vida.

Ricardo Sumalavia
Lima, septiembre de 2020

